

Philip Kennicott



Contrapunto

Recuerdos de Bach y de duelo

Traducción del inglés de Juan Manuel Salmerón Arjona



ALPHA DECAY

Para Marius

Pues lo bello no es sino el principio de lo terrible,
ese que aún podemos soportar,
y lo admiramos tanto porque, sereno, desdeña destruirnos.

RAINER MARIA RILKE,
«Primera elegía de Duino»

UNO

En el verano quedó claro que la quimioterapia mataría a mi madre antes que el cáncer. Iba muchas veces a urgencias, su cuerpo estaba débil y aún le quedaban meses de aquel tratamiento que era su última esperanza contra la enfermedad. Estaba agotada y de mal humor, casi desesperada, y al final convino con el médico y la familia en que era hora de abandonar los fármacos y hacerse a la idea de morir. Pero primero tuvo una notable mejoría: en cuestión de semanas, su cuerpo se limpió de sustancias químicas y fue como si reviviera. Después de muchos meses postrada en cama, empezó a caminar con andador y se sintió tan bien que despidió a las enfermeras de cuidados paliativos que la atendían en casa. Se levantaba por la mañana, se sentaba frente a los ventanales que daban a las colinas y veía los pájaros que acudían a los comederos que les tenía preparados. A principios de otoño, ella y mi padre hicieron un último viaje a Arizona, donde pasaban los inviernos, con amigos, tomando el sol, disfrutando de la jubilación.

La recaída se produjo una semana antes del Día de Acción de Gracias. El cáncer se agravó y llegó la hora de que volviera a casa a morir. Me rogó que no fuera, que no perdiera días de vacaciones para ir a visitarla por última vez. «No quiero

que me veas así.» Mi madre tenía un profundo sentido del sacrificio, pero me pareció que me lo pedía con más teatro que sinceridad y no hice caso, como no había hecho caso de peticiones semejantes desde que enfermara tres años antes. Encontré un billete en internet y pagué un suplemento por poder cambiar la vuelta. A los lados de las páginas de viajes aparecían anuncios de vacaciones caribeñas y cruceros, imágenes de aguas azul turquesa y de gente guapa y relajada en traje de baño.

Me di cuenta, mientras hacía la maleta, de que, cuando volviera a poner aquellas camisas en el armario, mi madre habría muerto y, desde ese momento, casi todas las cosas triviales que hice tomaron un trágico carácter final. ¿Me llevaría ese jersey, que mi madre me dijo que le gustaba? Sería la última vez que ella lo viera. No sabía cuánto tiempo estaría fuera, días o quizá semanas, pero cuando volviera a casa algo nuevo e irreparable habría ocurrido en mi vida, una unión que había existido siempre se habría roto. No me preocupaba mucho qué ropa llevarme, pero sí había dos cosas fundamentales que no debían faltar: un par de botas de montaña y un poco de música que me hiciera compañía y evitase que me desquiciara en la grande y vacía casa en la que mi madre se moría.

Sin pensármelo mucho, metí un disco de las *Sonatas y partitas para violín solo* de Bach en la bolsa de viaje. No elegí esta música por ninguna razón en particular, si bien sentía cierto interés por el joven violinista que se atrevía a grabar aquellas obras exigentes, densas y difíciles en un momento tan temprano de su carrera. Es posible que me atrajera la portada del disco, la expresiva imagen en blanco y negro de un hombre que tenía las manos juntas como si rezara y, abajo, las conocidas y femeninas curvas de su violín. También hacía mucho que no escuchaba atentamente aquellas obras y seguramente me apeteciera llevarme música que recordara con gusto, pero

vagamente, grandes obras que, en cierto modo, aún me resultaran poco familiares. La música que escuchamos durante mucho tiempo se carga de recuerdos y asociaciones de ideas. Y, en aquella ocasión, quería viajar ligero.

Comparado con otros, Bach es muy buen compañero de viaje. En un par de cedés suyos uno encuentra más para ocupar la mente que en horas de obras menores, y emocionalmente su música funciona mejor que cualquier otra, porque nada en ella sobra ni es superfluo. Por motivos que no sé explicar, Bach se adapta a todos mis estados de ánimo, independientemente de donde me encuentre y de lo que esté haciendo, tanto si estoy trabajando como divirtiéndome, alegre, deprimido o relajado. Su música me deleita cuando estoy en la playa tanto como me anima cuando me hallo en medio de un paisaje gris de finales de noviembre. Se me ocurren cientos de razones por las que, en un momento dado, no querría escuchar a Beethoven, Brahms o Wagner, pero ni una sola por la que no me pondría a Bach.

Llegué a casa de mis padres; estaba en silencio y todos caminaban de puntillas y hablaban susurrando. El único ruido era el del televisor de la habitación de mi madre, que siempre estaba encendido: por la noche, aquella luz parpadeante era sin duda un consuelo para ella, cuya conciencia iba y venía. Cuando estaba despierta, yo me sentaba a su lado; pero la mayor parte del tiempo lo pasaba inconsciente, bajo los efectos de la morfina. Yo nunca escuchaba música estando con ella, por temor a pasar por alto alguna señal de dolor o de que se moría. Procuraba abstraerme de la tele, que sonaba de fondo, y escuchar su respiración, «estertórea», como decía una de las enfermeras en tono de entendida, de quien reconoce una flor rara paseando por el bosque. La tele se reflejaba en la pared, sobre la cabecera de la cama, y las noticias de la noche, el animado hombre del tiempo, la cháchara de las guapas locutoras

que informaban de asesinatos, del tráfico, de desfiles, se reducían a un baile de formas azules y abstractas. Cuando miraba directamente a la pantalla, grande y plana, que estaba solo a unos metros, a aquella especie de ventana que dejaba ver un mundo que me parecía infinitamente lejano y absurdo, más y más desconectado me sentía de la realidad.

Los últimos días, en los que mi madre fue pasando de la terrible lucidez a la confusión y finalmente al silencio, Bach fue la única música que pude escuchar, la única que no me parecía trivial, insípida o irrelevante. Operó un curioso efecto que podríamos llamar espacial: creó un mundo interior separado del mundo exterior lleno de ruido y palabras, un espacio en el que pude abstraerme de los intensos sentimientos que experimentaba respecto de mi madre y contemplar el desenlace mortal sin distraerme con lo que absurdamente llamamos mundo «real». La música de Bach me ayudó a olvidar las cosas triviales y a sentir las profundas sin dejarme envolver por su horrible oscuridad.

Cuando no estaba con mi madre o ayudando en la casa, escuchaba la *Partita en re menor*. El último de los cinco movimientos de esta obra, la gran *Chacona*, dura lo mismo que los otros cuatro juntos y se convirtió en una especie de laberinto en el que me perdía por completo durante el cuarto de hora que dura. Lo escuchaba una y otra vez, obsesivamente, en ocasiones dándole simplemente al botón de repetir hasta que, después de cuatro o cinco veces, me obligaba a parar. Lo escuchaba con auriculares cuando me iba a pasear a las montañas que hay cerca de la casa de mis padres y en la cama cuando quería dormirme. Me acompañaba cuando iba al centro en coche por medicamentos o latas de refrescos, refrescos que vertíamos en un cuenco y removíamos con un batidor hasta que perdían efervescencia y a mi madre le era más fácil beberlos. Escuchar la *Chacona* en el coche me hacía comprender

mejor la polifonía. Los ojos, fijos en la carretera, tenían ocupadas otras partes del cerebro y me dejaban conciencia libre para escuchar más profundamente, para extraer voces aisladas del espesor de la textura general. La música se convertía en una especie de filtro del mundo físico, era como si hubieran suprimido con Photoshop las gasolineras, los restaurantes, las tiendas, y hubieran dejado únicamente el paisaje circundante, que era marrón y seco, con árboles pelados que se recortaban fantasmales contra el cielo plomizo de noviembre.

Un día, yendo en autopista a Albuquerque, Nuevo México, me topé con un atasco que me sacó de mi ensimismamiento musical. Tuve que pisar a fondo el freno y empecé a apretar los botones del equipo de música del coche queriendo apagar a Bach, pero, en lugar de eso, puse una emisora de radio en la que sonaba mariachi. Cuando me bajó la adrenalina, rompí a reír. Albuquerque se fundó en 1706, poco más de una década antes de que Bach compusiera la *Partita en re menor*. Hay un lejano nexo entre ambas cosas. La *Chacona* de Bach se basaba en una antigua danza del mismo nombre de origen hispanoamericano, cuyo nombre, según algunos, se debe a las castañuelas con las que se la acompañaba y, según otros, al lugar donde se descubrió.¹ Como el tango tres siglos después, la chacona era una danza popular de marcado carácter erótico.

Cuando Bach compuso su *Chacona*, este tipo de danza se había domesticado por completo y el nombre designaba tanto un tipo de música como un ritmo y un género de baile. Una chacona, en tiempos de Bach, consistía en una línea de bajo repetitiva sobre la que el compositor hacía variaciones, combinando un tema a veces monótono en el registro bajo con un desarrollo virtuoso en el alto. Pero incluso en la grandiosa, compleja y abstracta *Chacona* de Bach, hay un eco de la antigua chacona, una pauta rítmica de tres tiempos con una característica sucesión de notas largas y cortas que se aprecia en los

primeros compases. Bach no mantiene este eco explícitamente en toda la pieza, pero sí lo marca clara e inequívocamente en la línea de bajo sobre la que construye todo el edificio. No todos los violinistas ponen de manifiesto este carácter originario de danza que tiene la pieza, sobre todo los violinistas de principios y mediados del siglo XX, que la tocaban con pomposidad operística. Pero las mejores interpretaciones, incluso las más épicas, evocan estos ritmos de danza, latentes, casi inconscientes, pero palpables como los latidos de un corazón.

Es fácil ver muchas cosas, y muy pocas, en Bach. Parece que siempre juzgamos mal y, a la vez que damos gran importancia a cosas que habrían interesado poco a los oyentes de su siglo XVIII, descuidamos otras que para Bach eran esenciales. Yo, como la mayoría de los críticos, me he formado para ser intelectualmente escéptico respecto de la relación que existe entre la obra de un artista y su vida emocional, sobre todo en el caso de compositores como Bach, quien compuso música de infinita variedad emocional todos los días, todas las semanas de su productivísima vida, sin mirar si estaba alegre o triste y siempre al servicio de un deber religioso que dejaba poco margen a lo que hoy llamamos expresión personal. Y, sin embargo, a medida que la *Chacona* de Bach se apoderaba de mi vida emocional, cobraba una irresistible fuerza metafórica.

Esta música me sugería dos aspectos de la vida, uno esencial, inmutable y que siempre se repite, y otro que acompaña a este y no es menos verdadero: la necesidad de variedad, recreación, fugacidad y cambio. Parecía una música que hablaba de la vida, pero a partir del hecho fundamental de la muerte, y de pronto me resultaba muy profunda, algo que estaba más allá de las notas concretas de la partitura de Bach y de la interpretación que hizo el violinista en un estudio de grabación meses o años antes de que yo comprara su disco. Era una música cargada de una experiencia común secular, que plasmaba